

“HUMILDAD Y SENCILLEZ”

*“La Humildad no es la mera conciencia de nuestra pequeñez, lo cual podría ser únicamente un sentimiento de desencanto por no ser tan importantes como deseáramos ser, ni tampoco es falta de estima por uno mismo. Más bien es la erradicación de todo engrimiento, de tal modo que nos volvamos tiernos y amables, que tengamos una amplitud de mente y corazón, y que sintamos realmente un profundo respeto hacia el otro, sea quien fuere, basado en el reconocimiento de su Divinidad.”*

N. Sri Ram (*Pensamientos para Aspirantes*, pp. 101-2.)

**S**iempre es un placer remitirnos a N. Sri Ram y la riqueza de sus expresiones.

Hemos comenzado esta nota citando del capítulo XV, “Humildad y sencillez”, uno de sus párrafos.

Nos ha llevado a ello el hecho de que, algunas veces, los estudiosos de la Teosofía tal parece que nos sintamos inclinados a sentirnos superiores o mejores que los demás.

Esta es una inclinación humana muy corriente entre las personas que, en cierto modo, destacan en cualquier campo del saber, por algo que en verdad puede situarles por encima de los demás.

Como estudiantes de Teosofía que somos es realmente cierto que tenemos alguna ventaja sobre mucha gente: conocemos, o intentamos conocer al menos, el por qué de la existencia y sus motivos; pero al mismo tiempo que disfrutamos de estos conocimientos y de estos estudios, tenemos una mayor res-

ponsabilidad en todo: en saber discernir, tolerar, comprender y, sobre todo, amar a aquellos de nuestros semejantes que todavía viven en la ignorancia de los bienes espirituales y siguen adentrándose en el camino de la ilusión y del desengaño.

Pero también hay mucha gente en todo el orbe, que se mueve por intereses altruistas, desinteresados, de entrega absoluta hacia los demás y que no se abrogan ningún título de nada ni tampoco son conscientes de que su actitud es plenamente teosófica.

Para éstos hemos de guardar el más profundo respeto porque su labor los iguala o tal vez los supera en mucho a la nuestra, que presumimos de sabios y condescendientes.

En la panorámica del mundo celestial, en los estados de conciencia superior, en definitiva, en el mundo en que se mueven los Maestros, debe haber un lugar asignado para ellos que destaque.

Si no fuera así, los Mahatmas, que tan necesitados están de ayuda ante esta pobre humanidad doliente, no los utilizarían, y con toda seguridad que lo hacen, porque según sus palabras al señor Sinnet en una de sus Cartas, “todos somos necesarios”, incluyendo este “todos” a las personas ajenas a nosotros y que no pertenecen a nuestra Sociedad, porque de otro modo nada tendría sentido.

Estamos aquí para actuar en positivo, para aceptar humildemente el primer Objetivo de la S.T. que reza: “Formar un núcleo de la Fraternidad Universal sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.” Este punto “sin distinción” merece un comentario y es que en él está incluido todo un conjunto de actos y hechos que se suceden alrede-

dor del mundo y a los que no podemos sustraernos por nuestra calidad de miembros de la S.T.

Que, en definitiva, eso es lo que somos y pregonamos cuando nos llamamos teósofos.

Un teósofo, o un estudiante de Teosofía debería atenerse a lo que nos dice sencillamente Sri Ram, (*Pensamientos Para Adpirantes, cap. XV. pág. 104.*):

*“La verdadera humildad se convierte en la fuente de nuestra sabiduría; cuanto más sabe un hombre, más cuenta se da de lo poco que sabe, y el más sabio es el más humilde.”*

Y debería mantener una actitud abierta, digna y comprensiva de todas las realidades de la vida.

C.B.

---

## DESDE LA ATALAYA

Radha Burnier

---

### **Aprender a estar satisfechos**

Hay un jardín en el Japón, de una belleza exquisita y de fama mundial, en el que cada planta y cada árbol, cada trocito de roca y cada piedra, los senderos serpenteantes que rodean el templo y la casa de té, y todo lo demás, parece formar parte de una armonía perfecta. Y hay una frase inscrita en un lavabo de piedra que expresa una visión esencial según los maestros del Zen: “Basta con estar conforme”. Siglos enteros de meditación por parte de los monjes del Zen, que contemplaban la creación ba-

sándose en la esencia de la vida, han dotado a este lugar único de una atmósfera de profunda tranquilidad que es muy difícil experimentar en otros lugares. “El que ha aprendido a conformarse”, dicen “es rico espiritualmente, mientras que el que no sabe conformarse es pobre espiritualmente, por más riquezas materiales que tenga”.

El estar profundamente conforme, el no dejarse perturbar por nada, es un arte que hay que aprender. A la mayoría de nosotros nos perturban fácilmente numerosos pequeños incidentes, a veces

incluso la existencia de necesidades imaginarias. Los monjes del Zen vivían con muy poca cosa; su entorno era bello y adecuado, y el jardín que cuidaban y cultivaban con tanto amor parece expresar la profundidad de su meditación.

Estar profundamente conforme, sin pedir nada, es algo intrínseco a la naturaleza del verdadero Yogui, que es *santushta*, como afirma el *Bhagavadgita*. El verbo *tush* significa estar feliz, contento. *Santushta* significa estar perfectamente feliz y satisfecho, no satisfecho por haber obtenido algo o por haber evitado algo, sino con las cosas tal como son, sin pensar en como deberían ser. En la lista de las cualificaciones necesarias para la práctica del yoga óctuple también está *santoshā*.

Muchos maestros han hablado de este tema de distintas maneras. Krishnamurti habló una vez del camino de la felicidad que conduce a la liberación; se refería a nuestro deseo de que las cosas, la gente y las circunstancias fueran diferentes a lo que son:

El problema individual es el problema del mundo. Si un individuo es infeliz y está descontento e insatisfecho, entonces el mundo de su alrededor sentirá pena, descontento e ignorancia.

Tenemos demasiadas ideas sobre la manera en que las cosas *deberían ser*, según nuestras propias percepciones limitadas, y somos nosotros los que vamos creando obstáculos a nuestra satisfacción con todo tal cual es, ya sea dolor o placer, dificultades o comodidades. El hecho de obtener lo que queremos, o el hecho de no conseguirlo, es lo que

nos alegra o deprime la mente. Un estado de paz y de gozo internos imperturbables, sin embargo, sólo se consigue si la mente es consciente de una realidad que se halla más allá de los fenómenos transitorios.

El sendero óctuple del Señor Buda nos indica la forma de vivir conformes: hemos de empezar pensando rectamente, con una visión correcta de la vida. La visión que solemos adoptar según la cual, poder estar sentirnos seguros, felices y satisfechos, hemos de obtener o conseguir varias cosas, tanto material como psicológicamente, forma parte del pensamiento erróneo. La ambición es causa de dolor. Podemos aceptar que para evitar graves sufrimientos tengamos que liberarnos de la ambición, pero las grandes penas no son sino formas concentradas de todos los pequeños momentos de infelicidad, de descontento y de deseos que experimentamos un día tras otro. Juntos y acumulados resultan evidentes, pero cuando aparecen en la vida diaria, no nos fijamos en esas pequeñas cosas ni sentimos que nuestros pequeños deseos puedan originar ningún problema. No quiero decir que no podamos conseguir cosas que necesitamos. Tal vez necesitamos una cafetera nueva y vamos a comprarla. Pero si creemos que tener esa cafetera nos hará más felices o estaremos más satisfechos, tenemos una idea completamente equivocada. Es una forma de ignorancia asociar la cafetera o cualquier otra cosa similar con nuestro bienestar.

El pensamiento correcto incluye el examen de nuestros deseos y de la psicología de los deseos. Entonces nos da-

remos cuenta de que si nos apegamos a nuestros deseos y pensamos que tienen que cumplirse vamos creando nuestra propia infelicidad. Pensemos en toda la gente que tienen mucho menos que nosotros, que viven sonriendo con tan poca cosa. No basta con decir “les compadezco”; hemos de aprender que nosotros también podemos vivir con muy poco. A veces hay personas que consideramos malas pero que disfrutan de todo tipo de ventajas materiales. Quizá nos sintamos desgraciados por eso y digamos “yo no he hecho ningún mal y en cambio ese hombre que ha hecho muchas cosas malas está disfrutando de cosas que yo no tengo”. La envidia, los celos y otras formas de insatisfacción nos devuelven al mismo punto: todo nacen de ese anhelo.

Así pues, cada día hemos de cuestionarnos las actitudes y el apego que tenemos a las cosas; hay que examinar todo aquello que consideramos necesario para nuestra satisfacción mental o física. Cuando sabemos desaferrarnos y desapegarnos de la idea misma de tener que buscar satisfacciones, es posible vivir con esa satisfacción. “Basta con estar conforme” es una frase maravillosa sobre la que meditar. Nos puede resultar útil revisar cada mañana los deseos y pensamientos, por más triviales que puedan parecernos, que sean contrarios a la verdad que expresa esa frase y descubrir de qué manera la mente imagina que necesitamos lo que no necesitamos para nuestra felicidad.

La felicidad no es exuberancia, agitación ni frivolidades, sino una sensa-

ción interna de paz. Si conseguimos aprender a tener esa sensación, bajo cualquier circunstancia, estaremos avanzando en el camino de la libertad. Desgraciadamente, nos hacemos esclavos de las cosas, de la gente y de las circunstancias. Nos imaginamos que si no tenemos la compañía de una persona en particular, del marido, de la mujer o del hijo, la felicidad no es posible. En la próxima encarnación, ¡esa misma persona no va a ser nuestro hijo, nuestra mujer o nuestro marido! Necesitamos estar conformes con la persona con la que estamos, incluso con las personas que nos agravian. A veces el karma nos coloca en una posición determinada y hemos de vivir con alguien que nos resulta pesado y ofensivo.

Uno de los Maestros escribió “Venid de vuestro mundo al nuestro”. ¿Cuál es su mundo? En la etapa en la que estamos, no podemos saberlo del todo, pero sí que sabemos que ellos experimentan la paz que da el entendimiento, la paz de lo Eterno. Su mundo está más allá de los mundos del cambio. Incluso la tierra misma cambia y todo cuanto tiene forma cambia, y por esto es necesario entender la verdad de la impermanencia. Si creemos que lo impermanente es permanente, o debería ser permanente, no podemos ser felices. Por otra parte, enfrentándonos con ecuanimidad al nacimiento y a la desaparición de todas las cosas, podemos aprender a estar verdaderamente conformes. A veces el nacimiento de ciertas criaturas nos parece indeseable. En las zonas tropicales, poco después de la lluvia, a ciertos tipos de hormigas les salen alas

e invaden nuestra casa. Nos puede disgustar que nazcan estos insectos, pero seguirán haciéndolo tanto si nos gusta como si no. Los escorpiones, los mosquitos, los centípedos y otras criaturas aparecen y desaparecen independientemente de nuestra voluntad. Tanto nuestros apegos como nuestras objeciones nos causan frustración y dolor porque continuamos sin ver que el dolor es un producto de la mente, igual que el placer.

HPB comparaba al mundo con un teatro en el que tenemos unos papeles que representar, de vez en cuando nos toca hacer el papel del héroe. Es sólo un papel, pero tenemos que representarlo bien: no podemos ser irresponsables. En cada encarnación tenemos un papel: de criado o de jefe, de madre o de hijo. Sea cual sea ese papel, sólo una parte de nuestra verdadera naturaleza va a desplegarse con él. Esa naturaleza es mucho más amplia que lo que se revela en un papel determinado, pero hemos de cumplirlos todos lo mejor que sepamos. Esto es *svadharma* (nuestro propio dharma). Con el cambio de papeles en cada una de las encarnaciones, se puede conseguir una evolución completa. Si hemos de representar el mismo papel todo el tiempo, acabaremos desequilibrados, con grandes defectos. Cuando vemos el cuadro al completo, aprendemos a estar conformes y perdemos las ganas de huir de la lección que esa encarnación nos está proporcionando y no deseamos otra cosa.

La literatura teosófica nos dice que la conciencia a nivel causal (*karana*) es el contenedor de las lecciones aprendi-

das en cada encarnación y cada nuevo aporte la hace crecer y brillar con un nuevo resplandor. Existe, pues, en cada ser, un enorme potencial que todavía tiene que manifestarse. Así pues, la mente tiene que mantenerse abierta para descubrir el mundo real de nuestro interior y de todos los otros seres vivos. Cuando los Maestros dicen “Venid de vuestro mundo al nuestro”, nos están invitando a ir más allá del conocimiento fragmentado, de todas las ilusiones y pretensiones, y de llegar a la tierra de la verdad, a una dimensión donde existe la belleza, la sabiduría, la paz y todos los valores imperecederos que residen en la conciencia pura. La frase “Basta con estar conforme” nos abre unas grandes perspectivas para meditar. Cuanto más conscientes somos de que este mundo nuestro no es el mundo de la verdad, sino un mundo de experiencia, y de que hay una dimensión diferente donde se hallan todas las cosas santas, más fácil es seguir conformes con lo que existe.

### **Señales en todas partes**

A lo largo de los siglos, las mentes sensibles se han visto muy inspiradas por las manifestaciones de la Naturaleza. Hablan de las lecciones que todo ser humano puede encontrar en la inexhaustible variedad de fenómenos y formas de nuestro alrededor. Pero normalmente estamos ciegos ante esas “señales” de la Presencia Divina que, según la tradición islámica, se manifiestan en todas partes. Los que han leído a Shakespeare recordarán sus palabras sobre la existencia de “lenguas en los árboles, libros en los arroyos, sermones en las piedras y la bondad en todo”.

Como señaló un sabio Maestro en los primeros años de nuestra Sociedad, hay que seguir las indicaciones dondequiera que se encuentren. Y esas indicaciones abundan en la Creación.

Jesús también enseñó a sus discípulos a “mirad los lirios del campo, ved cómo crecen; no se esfuerzan, ni se reuercen”. Hay muchas flores hermosas y fragantes cuya misma presencia da felicidad a los paseantes. L. Schmithausen, en su obra erudita sobre el *Budismo y la Naturaleza* dice que son ejemplos de la perfección espiritual, no tienen miedo, están libres del deseo, de la ira, del ansia de posesiones, etc. A través de la Naturaleza, la Mente Divina nos revela otros incontables esplendores. Jami, el místico sufi, escribió: “Mi Belleza en el mundo, para desplegar su esplendor, en mil espejos muestra su fulgor”.

El físico David Bohm señaló, en su libro *Wholeness and the Implicate Order* que el orden y la belleza constituyen un aspecto fundamental de la Realidad. La Naturaleza manifiesta, aunque sólo parcialmente, la majestad y el arte de esa Realidad que existe en nuestro mundo de percepción de los sentidos y de la mente, con un enorme número de cosas con las que entramos en contacto en la Naturaleza. En su obra *The Imprisoned Splendour*, Raynor Johnson escribió: “Podemos hablar de algunos cantos de los pájaros, de la coloración tan extraordinariamente rica de los loros tropicales, de los colores y dibujos de los peces de las profundidades del mar (donde prácticamente no hay luz alguna) y también de las mariposas y de

la perfección del color y construcción de las plumas del pavo real... Dondequiera que miremos en la Naturaleza vemos demostraciones de una exuberancia artística que va mucho más allá de la supervivencia utilitaria.” Estas manifestaciones nos inspiran para levantar los ojos hacia el “Más allá”.

La inescrutable Inteligencia que dirige la evolución también se manifiesta en todas partes. El famoso biólogo E.O. Wilson, especializado en entomología, y en particular en el estudio de las hormigas, nos dice que éstas “recogen la comida, luchan contra los enemigos, depositan la basura y las compañeras muertas en unos montones bien definidos fuera de su nido y llevan a cabo algunas de las más asombrosas obras de ingeniería del reino animal. ¿Cómo consiguen hacer esto las colonias, cuando el cerebro de sus miembros individuales es tan limitado?... Parece que no hay nadie que mueva unos hilos en la colonia, así que ¿cómo logran funcionar de una forma tan global?” Con todos mis respetos hacia este eminente especialista, podemos decir que sí que hay algo que mueve los hilos de esas colonias, la Mente Cósmica, la inteligencia del Universo.

La evolución es un movimiento muy amplio que conduce a los seres vivos hacia la perfección y al más alto nivel de conciencia. En el nivel humano, tenemos el privilegio de observar y aprender adonde vamos por las señales de nuestro alrededor, que están más cerca de la belleza, de la inteligencia y de la verdad sobrenaturales.

*The Theosophist, Noviembre 2003*

## PRESTAR ATENCIÓN

Betty Bland

Presidenta Nacional de la Sección Americana

La mayoría de nosotros hemos oído decir que las perlas se forman dentro de las ostras por la existencia en ellas de un elemento irritante como, por ejemplo, un grano de arena. Con ese ejemplo, se podría hacer una analogía en nuestra propia vida, cuyos problemas podrían ser el elemento irritante que originara la formación de perlas del espíritu en nuestro interior.

El dolor y el sufrimiento de la vida o *dukka*, como lo describen las enseñanzas budistas, no es uno de los temas favoritos. No nos gusta pensar en lo que Shakespeare llamaba los «usos de la adversidad» (en el *Sueño de una Noche de Verano*) hasta que nos encontramos con una situación dolorosa. Por esto, mientras vamos dando palos de ciego, podríamos usar la analogía de la perla para encontrar algún consuelo. («Esta medicina es tan horrorosa que tiene que curarme a la fuerza»). Sin embargo, es mucho más frecuente usar esta analogía cuando consolamos a los demás que para aplicar el concepto a nuestras propias dificultades.

¡Hete aquí el problema! No es nada divertido aceptar el dolor y prestarle toda

nuestra atención; y sin embargo, aceptar ese problema y prestar toda nuestra atención a la experiencia y a sus asociaciones con nuestro pasado es el elixir necesario. Cuando tenemos problemas, tenemos varias opciones: podemos fingir que no pasa nada, pero al hacerlo, le cerramos el paso a la conciencia y creamos un fondo de angustia irreconocida que puede explotar tanto en nuestra relación con los demás como de forma interna con una depresión. O en vez de bloquearnos, podemos también obsesionarnos con la situación, repitiendo y reforzando continuamente las cadenas que nos atan a ella.

Uno de los primeros impulsos del corazón es el de bloquearnos contra la irritación. Levantamos muros de defensa; una conducta ofensiva y arisca mantiene alejados a todos los que nos pueden apoyar emocionalmente o convertirse en espejos en los que podríamos ver algo. Como el gusano de tierra que reacciona ante un dedo salado, el corazón se retrae rápidamente a sus aposentos oscuros en vez de enfrentarse con la posibilidad de salir a la luz de la atención consciente. Pero para el gusano se trata de un reflejo sano, mientras que

para nosotros, los que tenemos dos piernas y una naturaleza psicológica compleja, cuya alma aspira a ver el sol, es una reacción trágica que lo único que hace es perpetuar el dolor y movernos a mostrar una conducta contraproducente.

Un elemento esencial para nuestro crecimiento espiritual es buscar una manera de abrir ese caparazón que rodea nuestro corazón, pero no una forma cualquiera. Se trata de abrirlo a la luz de la intuición, mediante una observación tranquila y desapasionada, en vez de quedar atrapados en el torbellino de nuestras reacciones emocionales. En este proceso hemos de ser precavidos y mirar con una percepción intuitiva y tranquila que nos permita ver las cosas tal como son. Con demasiada frecuencia, podemos equivocarnos pensando que nuestros recuerdos, obsesiones y consejos a los demás son intentos de abrirnos a la luz y a la conciencia. Pero estos esquemas pertenecen a la misma substancia misma del caparazón interno herméticamente cerrado, alrededor del cual vamos dando vueltas, creyendo que estamos progresando.

También nos aprisiona el hecho de fingir que no existe ni el dolor ni el caparazón. Podemos seguir diciendo, con los dientes apretados «Todo es de color de rosa. ¿No ves mi sonrisa?». Muchas veces ni siquiera nos damos cuenta de lo que nos perjudica a nosotros y a los demás esta línea de defensa. ¡Incluso podemos sentirnos orgullosos por ser mártires tan alegres! Pero esta táctica no sólo cierra más herméticamente ese caparazón, sino que también nos lo hace

invisible, de modo que somos totalmente inconscientes del daño que nuestras reacciones producen a los demás.

¿Habéis tenido alguna vez un mal día y queríais comentarlo con un amigo? No pedíais que subieran a una montaña ni que mataran un dragón por vosotros, no, solamente deseabais que os dieran un poco de atención y os escucharan con cariño. Al hacerlo, ese amigo os estaba ayudando a procesar los hechos y las implicaciones que esos hechos tenían en vuestra vida.

Aunque sea algo tan familiar como la respiración, la conciencia es muy compleja. La conciencia normal despierta, con la cual funcionamos la mayoría, es el nivel donde empiezan y van creciendo las irritaciones. Por otra parte, en un nivel más profundo de nuestra conciencia, reside el observador interno, nuestro yo interno o superior. Ese es el nivel del que presta atención, del que cura, del que construye la perla.

La única forma de abrir nuestro caparazón es relajarnos y permitir que se abra desde dentro. En vez de alejarnos corriendo de la dificultad, o de causar continuamente dolor para nosotros y para los demás, podemos detenernos, respirar profundamente y decirnos: «Tiene que haber una forma mejor». En ese momento de la reflexión empieza la esperanza. Hay algo en lo más profundo de nuestro ser, que ha estado observando y esperando todo el tiempo, que responde con esperanza y tranquilidad. Al principio sólo es una idea fugaz, pero si le prestamos atención irá desarrollándose. Una atención constante puede llegar a descubrir esas semillas del dolor y cu-

rarlas con una clara visión.

Poco a poco podemos aprender a confiar en la presencia de esta luz mientras caminamos a través de las inevitables dificultades. No tenemos que bloquearnos, ni repetir la situación obsesivamente, ni fingir que no pasa nada. Podemos mirar de frente las dificultades hasta que éstas acaben por bendecirnos con una visión interna. A través de cada dificultad podemos encontrar la herramienta o la llave que nos permita abrir la puerta de aquellas partes más profundas de nosotros mismos donde mora nuestra verdadera naturaleza, un reflejo de lo divino.

Como leemos en el pequeño libro espiritual *A los pies del Maestro*, escrito por Krishnamurti cuando era muy joven:

Has de confiar en tí mismo. ¿Dices que te conoces muy bien? Si esa es tu impresión, no te conoces; sólo conoces la frágil cáscara externa, que muchas veces ha caído en el fango. Pero tú, el verdadero tú, tú eres una chispa del propio fuego

divino, y Dios, que es Todopoderoso, está en tí y por eso no hay nada que no puedas hacer si tú quieres (55).

Con esa clase de confianza podemos relajar nuestra mente angustiada y nuestro corazón vacilante y dejar que nuestro caparazón de defensa empiece a abrirse y acabe cayendo del todo. La fuente de la curación siempre ha estado allí, pero nuestra propia inseguridad era lo que mantenía nuestra conciencia demasiado cerrada para encontrarla. Una atención constante irá transformando gradualmente nuestro mundo y las percepciones que tenemos de él en una belleza iridiscente. Cuando nos atrevemos a enfrentarnos a un problema en vez de privarle el paso, nuestra visión puede darnos esa comprensión y esa compasión tan necesarias. El dolor que sentimos acabará siendo una bendita perla.

Que nuestras perlas brillen en beneficio de todos.

*(The Quest, Octubre 2003.)*

## EL ZEN Y LOS PÁJAROS DEL DESEO

Juan A. Vega

“Guía tu caballo sobre el filo de la espada

Ocúltate entre las llamas

Capullos del árbol de los frutos florecerán en el fuego

Por la tarde sale el Sol”.

**E**ncontrándome en Madrid, allá por los años 70 del pasado siglo, un amigo me regaló la obra de Thomas Mereton, *El Zen y los pájaros del deseo*. Desconcertado como me encontraba, y sin haber roto enteramente el puente psicológico que me unía con el convento que años antes había dejado, el libro con las enseñanzas de Merton supuso para mí una atrayente, aunque entonces incomprensible novedad. Aún así, y sin comprender el sentido profundo que hay detrás de cada frase y concepto, sentía tal atracción que, pasado algún tiempo, volvía a releerlo. Sorprendentemente, con cada nueva lectura se me acrecentaban los deseos de intentar descifrar el oculto significado de esta esotérica enseñanza oriental.

A veces me sucedía que estando en la lectura y meditación de páginas interiores, de repente el deseo de volver a repasar la nota de introducción del autor, en la que yo pensaba que podría encontrar la clave para acceder al “sendero iniciático del simbolismo Zen.” La referida nota dice así:

*“Cuando en algún lugar se pudre la carroña, los pájaros carnívoros vuelan en círculos, descienden, Vida y muerte son dos. Los vivos atacan a los muertos para su propio beneficio. Nada pierden, con esto, los muertos. Salen gananciosos, tal vez, cuando de ellos alguien se sirve. O por lo menos así parece, si es que debemos de considerar esto en términos de ganar y perder.*

*¿Nos abocaremos al estudio del Zen, entonces, en la creencia de que con ello ganaremos algo? Esta pregunta no pretende constituirse en velada*

*acusación. Pero sin embargo es una pregunta muy seria. Allí donde se alborotan en torno a la ‘espiritualidad’, la iluminación o simplemente ‘la puesta en onda’, a menudo no hay más que buitres volando sobre un cadáver. Sus merodeos, su vuelo circular, su descenso, esta celebración de una victoria, en fin, no son lo que pretende el estudio del Zen, aunque en otro contexto puedan resultar ejercicios de singular utilidad, porque enriquecen a los pájaros del deseo.*

*El Zen nada enriquece. No hay cuerpo que podamos hallar. Las aves pueden acudir y volar en círculos durante un tiempo sobre el lugar donde se cree que está el cadáver. Pero muy pronto se marchan hacia otros parajes. Cuando ya no están, aparece de pronto la “nada”. El ‘no cuerpo’ que allí estaba. Esto es el Zen. Lo que no ha cesado de estar allí, todo el tiempo, sin que lo percibieran las aves devoradoras de carroña: no es el tipo de carroña que ellas codician.”*

El relato es tan rico en sugerencias metafísicas que, entre otras, puede caber la de que, simbólicamente, los pájaros del deseo volando en círculos (...) Allí donde se alborota entorno a la espiritualidad, la iluminación o simplemente “la puesta en onda”... bien pudieran simbolizar los pensamientos que en excitado y, a veces, obsesivo revoloteo, se alborotan cuando nos adentramos en el sendero de la espiritualidad, o simplemente, cuando tratamos de ponernos ‘en onda’, probando de silenciar la mente.

En el mismo sentido, es posible que

ya no sea tan asequible a nuestra psicología occidental el concepto Zen de ‘*la nada, el no-cuerpo*’ que, como dice Merton, ‘*siempre estuvo allí*’.

Y sin embargo, de acuerdo con la mística mertoniana, derivada en este caso del Zen, uno puede llegar a instalarse en la “nada”, en el “no cuerpo”, privando así de alimento “a los pájaros del deseo”.

En este campo concreto, aunque parece difícil, si se interpretan bien y con constancia se siguen las enseñanzas que, al hilo de los comentarios sobre el Zen, el “Maestro Merton” desliza en esta obra, se puede, cuando menos, atisbar una nueva e interesante dimensión espiritual.

Por lo tanto –como demuestra el propio autor– adentrarse en el Zen no implica claudicar, para nada, de nuestra creencia y fe cristianas.

### **“Pescando sin anzuelo”**

Sin ánimo de establecer comparaciones, y como un ejemplo más, de los sutiles métodos simbolistas empleados en el Zen, tomamos el siguiente koan que entresaco del libro de Manly P. Hall, *La clara virtud del Zen*.

El tema parece estar inspirado en una antigua pintura china en la que se ve a un pescador sentado, muy sosegadamente, en un pequeño bote sobre las aguas de un lago rodeado de verdes montañas; no muy alejada se encuentra una pequeña ermita. A diferencia de otros pescadores que ponen anzuelo y cebo para atraer a los peces, este monje ermitaño deja caer al agua la cuerda sin anzuelo. Y es que él no

está ahí para pescar cosa alguna; simplemente, está para gozar de la pesca, “lo cual viene a establecer una gran diferencia entre estos dos logros o fines”.

Ahora, estudiemos el simbolismo de la idea:

*“El anciano está pescando en el único océano que es asequible a él –la naturaleza interior de sí mismo. Él ha dejado caer la línea hacia su propio subconsciente. Está descendiendo en las profundidades de sí mismo para descubrir qué clase de pez podría ocultarse allí. No tiene ninguna intención de atraer a este pez a la superficie. Tampoco de matarlo. Lo que en realidad desea es tener la experiencia; la cual no deja de ser una verdadera experiencia Zen, de pescar sin anzuelo. Ahora bien, en este simbolismo, ¿qué es el anzuelo? Esta es quizás la clave de todo; el anzuelo es la mente. Aquí es donde el problema cabal exige la mayor consideración. La mente no está interesada en la pesca, pero si en pescar peces. La mente posee ciertas cualidades que sugieren el anzuelo; desea engancharse a algo, es agua. También es un instrumento modelado, adaptado, creado, con el solo propósito de atrapar peces, los cuales, en este caso, representan pensamientos. Y en el momento mismo en que prende un pensamiento fuera de su propio elemento, lo coloque en un elemento diferente, y muy probablemente le destruya en el esfuerzo de usarlo para sus propios fines.*

*Estamos usando la mente, constantemente, para (agarrar) enganchar cosas. La estamos usando de una manera u otra para mejorar nuestras fortunas.*

*Estamos dejando caer el anzuelo de la mente en el desconocido mundo que nos rodea, esperando pescar una carrera... o quizás enganchar a otra persona en matrimonio (...)*”.

A partir de éste y de otros planteamientos de la filosofía Zen, Manly P.H. recomienda una serie de técnicas mentales útiles para el mejor conocimiento y perfeccionamiento del “Ser interior”.

Entre estos ejercicios me fijo en uno que, según la teoría del Zen, enseña cómo disponer la mente para deslizarse hasta las profundidades de la memoria, y allí “pescar y sacar a la superficie algunos pensamientos e imágenes que tengamos interés en recordar”. Por ejemplo, un sueño interesante que no somos capaces de reconstruir al despertarnos...

Como quiera que la reproducción de este método, por su extensión, nos apartaría un poco del propósito inicial de este trabajo, remito al lector interesado a la página 72-73 del mencionado libro, *La clara virtud del Zen*.

### **Un estudio de aproximación al Zen**

El Zen, según Taisen Deshimaru, es “*el verdadero y profundo silencio, habitualmente traducido por concentración, meditación sin objeto, vuelta al espíritu puro y original del ser humano*”.

Si damos como buena esta interpretación del referido maestro (nada, que yo sepa, induce a lo contrario) en los siguientes comentarios que vamos a hacer en base al mencionado libro de Thomas Merton, *El Zen y los pájaros del deseo*, puede que bajo el prisma de nuestra lógica occidental, observemos

ciertas (o al menos aparentes) contradicciones. Por lo tanto, sería más que un error un extravío tratar de buscar una lógica racionalista al Zen (y acaso también a la misma mística cristiana). No podemos olvidar que las enseñanzas y dichos de los maestros espirituales llegan mucho más allá de lo que la razón del común de los mortales puede alcanzar a comprender.

*“Mejor es ver su rostro que oír su nombre”*

Con el anterior koan comienza Merton el capítulo correspondiente al “Estudio del Zen”.

*«Cuando consideramos que el Zen es budhista lo dejamos en una expresión de impulso cultural y religioso del hombre. En tal caso puede decirse que el Zen posee un tipo especial de estructura dotada de exigencias esenciales que son exigencias estructurales, y como tales, están al alcance de la investigación científica; su carácter particular, en fin, puede ser determinado y ‘comprendido’.*

*Estudiado de esta manera, el Zen tiene por marco el contexto de la historia china y japonesa. Se le describe como un fruto del encuentro del buddhismo hindú, especulativo, con la practicidad del taoísmo chino, e incluso del confucionismo (...). Se examina su entrada en el Japón, así como su integración en la civilización japonesa. Es entonces cuando llegan a ser importantes, incluso fundamentales, muchas cosas relacionadas con el Zen; el zendo, o sala de meditación; el lugar del zazen; el estudio del koan; el traje; la postura sedente del loto; los arcos;*

*roshi y la técnica del roshi para determinar si uno ha experimentado un kensho o un satori.*

*Bajo este enfoque, el Zen puede contraponerse a otras estructuras religiosas; por ejemplo la del catolicismo, con sus sacramentos, liturgia, plegaria mental (que ya muchos católicos no practican), devociones, leyes, teología, catedrales y conventos, sacerdotes y organizaciones jerárquicas, concilios y, en fin, con su Biblia.*

*Podemos examinar a ambos – buddhismo y cristianismo–, concluyendo que tienen no pocas cosas en común. Comparten ciertas modalidades religiosas. Son ‘religiones.’. La una asiática, la otra occidental o más bien judeo-cristiana. La primera ofrece una iluminación metafísica. La segunda una salvación de carácter teológico (...) Agudizando un poco más la investigación, uno llega a imaginarse – erróneamente– que puesto que el Zen es simple y austero, se asemeja notablemente al monacato cisterciense, que también es, o solía ser, austero. Efectivamente, en ambos casos se saborea la simplicidad, y es posible que los constructores de las iglesias cistercienses del siglo XII, en Borgoña y Provenza, estuvieran iluminados por una especie de instintiva visión Zen de su trabajo, que exhibe en efecto aquellas luminosas pobreza y soledad que el Zen denomina Wabi.*

*Sin embargo, como estructuras, sistemas o religiones, el catolicismo y el Zen hacen tan mala mezcla como el agua y el aceite. Puede esperarse que personas de uno y otro lado del Zendo*

*y de la Universidad, monasterio o curia, se avengan respetuosa y seriamente. Por sus diferencias permanecerán intactas. Regresarán a sus propias estructuras, se acogerán a sus propios sistemas tras adquirir la suficiente comprensión del rival.*

*Todo esto será así mientras consideremos que el Zen es, específicamente buddhismo zen, una escuela o secta budhista que forma parte del sistema religioso conocido como ‘religión budhista’».*

Continuando con su analítico y enjundioso ensayo, Merton hace notar que ‘examinando más de cerca el caso, encontramos que practicantes muy serios y responsables del Zen (entre los que cita a Dogen, fundador del Soto Zen) niegan, primero que sea una religión y luego que se trate de una escuela o secta, rechazando toda integración dentro de las estructuras del buddhismo. En consecuencia, añade: “Definir al Zen en términos de sistemas o estructuras religiosas, equivale a destruirlo... o más bien a perderlo de vista por completo, pues lo que no puede ser ‘construido’ tampoco puede sufrir destrucción alguna (...) El Zen no se comprende cuando lo alineamos en su categoría separándolo de todo lo demás: ‘Es esto y no aquello’. Por el contrario, Zen, según palabras de Daisetz T. Suzuki, más allá del mundo de los opuestos construido por el discernimiento intelectual, es un mundo espiritual de no-discernimiento que implica un punto de vista absoluto.”

**“El reflejo soy yo, pero yo no soy el espejo”**

Una doble pregunta que a menudo

se plantean los maestros y discípulos del Zen es ésta: *¿Qué es el ego y dónde se encuentra el ego?*

Para aproximarse a la explicación de tan difícil cuestión, Thomas M. recurre al simbolismo del espejo, que dice tomar “de un moderno escritor del Zen”:

*“El espejo carece absolutamente de ego y preocupaciones. Llega una flor: el espejo refleja una flor; llega un pájaro y él lo refleja. Muestra que un objeto bello es bello y que un objeto feo es feo. Todo se revela tal cual es. No hay una mente que lo desencamine, ni una conciencia propia por parte del espejo. Si algo llega a él, es reflejado; si desaparece, el espejo lo deja desaparecer... no queda huella alguna tras él. Un desprendimiento tal, este estado de ‘no mente’, esta auténtica faena libre del espejo, se asemeja a la sabiduría pura y lúcida del Buddha.”*

Esto significa que la conciencia zen no distingue ni categoriza lo que ve según criterios sociales y culturales. Es decir, no trata de asimilar las cosas a estructuras artificialmente pre-concebidas. No juzga la belleza de acuerdo con cánones de gusto; aún a pesar de que pueda poseer su propio gusto (...) Será provechoso reflexionar sobre el profundo significado de la frase de Jesús: “No juzguéis si no queréis ser juzgados”. Más allá de sus proyecciones morales, por todos conocidas, hay una dimensión del Zen en estas palabras del evangelio.

### **“Yo no soy los demás”**

Si partimos del principio de que, en términos de espiritualidad, como dice el propio Merton (epifanía de Louisville)

“todos son míos y yo de ellos, no podemos ser extraños unos a otros, aunque nos desconozcamos por completo”, la anterior afirmación del Maestro Dogen, “yo no soy los demás”, parece una rotunda contradicción. Pero, como anotamos anteriormente, no podemos olvidarnos de que estamos hablando del Zen que, según definición de los maestros, “no puede ser encerrado en un concepto ni comprendido por el pensamiento. Es, esencialmente, una experiencia.”

Aun así, de la siguiente ‘historia koan’ creo que podremos extraer la enseñanza que intenta distinguir un poco entre dos conceptos que parecen el mismo, pero que, sin embargo, mantienen ciertas diferencias, el ‘ego’ y ‘la individualidad operativa’.

*“El koan de los champiñones”:*

Este es el Koan original del Maestro Dogen, y que nos lo cuenta T. Deshimaru.

Comienza así:

*El Maestro había ido a China para encontrar la verdadera sabiduría, para comprender el Zen. Pero no había conseguido comprenderlo, a pesar de haber estudiado muchas cosas. La civilización budhista zen estaba por esa época muy extendida en China y él había recorrido templo tras templo. Sin embargo, no estaba satisfecho de la enseñanza que le habían dado y quería volver a Japón. Un día llegó a un templo pequeño. Era verano, hacía mucho calor. Encontró a un monje muy anciano que estaba trabajando bajo el sol. Su trabajo consistía en secar champiñones. El anciano, a pesar de su edad, bajo un sol abrasador, exten-*

día los champiñones por el suelo. Al ver esto, el Maestro Dogen le hizo la siguiente pregunta:

—Usted es un monje anciano y superior, ¿por qué trabaja? Hoy hace mucho calor, hágalo otro día.

Dogen era entonces muy joven. Pero la siguiente contestación del anciano monje, muy interesante, se convirtió en una respuesta histórica del Soto Zen. Y así fue como el Maestro Dogen obtuvo el Satori.

*“Joven, usted ha venido del Japón. Es inteligente y comprende el budhismo, pero no comprende la esencia del Zen. Si no hago esto, si no trabajo aquí y ahora, ¿quién podría hacerlo? Yo no soy usted, yo no soy los demás. Los demás no son yo. Por eso los demás no pueden experimentarlo. Si no trabajo, si no experimento aquí y ahora no podré comprenderlo. Si un joven me ayudara a trabajar, si yo me limitara a mirarle, no podría tener esa experiencia de secar champiñones. Si yo dijera: haz esto o aquello, ponlo aquí o allá, no podría experimentarlo yo mismo. No podría comprender el acto de que esté aquí y ahora (...) Yo no soy los demás y los demás no son yo.”*

Dogen se quedó muy sorprendido y comprendió. En este momento se dijo: “Tengo que quedarme en China”.

Había estudiado en los libros había buscado con su cerebro y pensaba continuamente; pero en ese momento comprendió: —Si no experimento, no podré

comprender el verdadero Zen”. Aún así preguntó: —¿Por qué seca usted hoy los champiñones? Hágalo otro día. El monje contestó: —“Aquí y ahora es muy importante” (...) No puedo estar en lo que otra persona hace.

Este es el primer punto. El otro, *shinkantaza*, solamente sentarse, concentrarse en la práctica del *zazen*. No hace falta pensar, solamente hacer *sazen*. Descartes dijo: —“Pienso, luego existo”. Yo digo: —“No pienso, luego existo”.

*Si se hacen categorías, si se piensa demasiado, nuestra propia conciencia queda encerrada en los límites de nuestro pensamiento. Nuestra conciencia es profunda como el cosmos, está en relación con él. Si no se piensa, la conciencia se vuelve eterna, cósmica.”*

Pero, se piense o no se piense (dice Deshimaru) se existe.

Esta actitud del Zen de sentarse y, en silencio, concentrarse a meditar, de algún modo, yo creo que guarda similitud con la siguiente recomendación del Abad Macario, el egipcio, que se encuentra en *Vida y dichos de los padres del desierto*:

“Resulta que después de celebrar la asamblea en Scitia, Macario decía a los monjes: —¡Huid, hermanos! Uno de los ancianos le preguntó: “¿A dónde podemos huir más lejos de este desierto? El Abad se puso un dedo sobre la boca diciendo: —¡De esto tenéis que huir!”

*Cistercium n° 228/9 (Continuará)*

## LA VIOLENCIA DE LA GUERRA

Sri Krishna Prem

**L**as guerras son incidentes psíquicos que tienen su origen en el alma humana. Nos gusta echarle la culpa a nuestro chivo expiatorio de turno, tanto si es el imperialismo, el nacionalismo, el comunismo o el capitalismo, todo lo que se nos antoje. Ninguna de estas cosas ni todas ellas son realmente responsables; somos nosotros, personas inofensivas que queremos pensar que odiamos la guerra y todos sus horrores. Tal vez no hemos tenido nada que ver con las aguas fangosas de la política o de la economía, tal vez ni hemos escrito artículos ni cartas para inflamar pasiones raciales, nacionales o comunitarias, pero todos compartimos esa responsabilidad.

Cada sentimiento de ira, odio, envidia o venganza que nos hemos permitido en el pasado, independientemente de la persona a la que iba dirigido y por más justificado que lo hayamos considerado, ha sido un puñado de pólvora arrojado al polvorín que, antes o después, tiene que estallar.

Pero no es la persona que encendió la cerilla la responsable de un mundo en llamas, sino nosotros, que hemos ayudado a engrosar el polvorín. Porque ¿qué

es lo que hemos hecho? Los sentimientos de odio, de miedo, etc., que han entrado en nuestro corazón y que hemos cobijado son, como siempre, invitados intolerables. Queremos expulsarlos en seguida, queremos dejarlos pegados, como un poster, en el primer muro que encontremos. Es cierto que ese muro tenía algo en su naturaleza que lo hacía apto para ese poster en particular, pero igualmente, el poster lo mandamos nosotros y fuimos nosotros los que lo pegamos allí.

Tanto si consideramos la psicología de los individuos como de esos grupos de individuos que llamamos estados nacionales, el proceso es el mismo. Lo que odiamos o tememos en nosotros lo proyectamos en nuestros vecinos. Quienes temen sus propios deseos sexuales detectan la impureza en todos los que ven; de la misma manera, las naciones que están llenas de odio, de miedo y de deseos agresivos perciben las imágenes de esas pasiones ardiendo horriblemente en los muros de otras naciones, sin darse cuenta de que son ellos quienes las han encendido y colocado allí. Así surge el mito de las naciones y de los individuos que aman la paz sólo porque proyecta-

mos nuestros propios deseos agresivos en nuestros vecinos, engañándonos con nuestra propia limpieza personal.

Esto no quiere decir que la responsabilidad de todas las naciones sea la misma, ni tampoco la de todos los individuos. Algunos de nosotros hemos pecado más profundamente que otros, pero valorar esta responsabilidad nunca resulta fácil. Es más importante y provechoso recordar que todos los odios, los miedos, las envidias y los deseos agresivos, por parte de cualquier persona y aunque se produzcan de forma privada, han constituido el combustible que preparó la llama y que la sigue manteniendo. Cada vez que sentimos una sensación de triunfo por la destrucción del «enemigo», vamos añadiendo leña al fuego, porque cada vez que eso sucede estamos convirtiendo a alguien en un chivo expiatorio del mal que hay en nosotros. Y no se trata de filosofías, no; ni siquiera estamos hablando de religión; es simplemente un hecho práctico que cualquier psicólogo puede confirmar.

Ninguno de nosotros, ni el objetor de conciencia más convencido ni el más neutral de los neutrales, puede evadir la parte que tenemos de responsabilidad. Realmente, son muchas veces los que no toman parte en la lucha física quienes más contribuyen con sus pensamientos a aumentar el conflicto. Los soldados, después de unos meses de experiencia, sorprendentemente pierden el odio, mientras que los que están cómodamente sentados lejos del conflicto se dedican con demasiada frecuencia a alimentar sus instintos y pasiones más bajas, regocijándose con los horrores de

los demás, contemplando como si fuera una película las agonías de los demás, que luchan hasta perder la última gota de sangre, y reaniman las llamas de odio y violencia con el viento invisible de sus propios pensamientos y sentimientos.

Porque en todas las personas existe aquello que disfruta con la guerra; sí, que disfruta con ella incluso hasta el punto de querer sufrirla. En casi cada uno de nosotros existen muchas cosas cuya expresión no sería permitida por las convenciones sociales o religiosas, en tiempos normales. La mayoría de nosotros llevamos una bestia enjaulada en el corazón, una bestia cuya sustancia nos gustaría gratificar pero no podemos hacerlo por temor a las consecuencias. Normalmente esa bestia alimenta su vida subterránea con los restos de fantasía y sueños que se filtran hasta la guarida donde mora, relamiéndose con los actos de violencia y crueldad con los que pueda vengarse por su confinamiento; y cada vez que nos entregamos a soñar con odios y venganzas, esos pensamientos van cayendo allí y refuerzan su feroz energía. A veces podemos sentir la fuerza con la que empuja las rejas de su celda, pero en tiempos normales, «Dios» y la policía la tienen encerrada, y sólo es ocasionalmente cuando se escapa y escandaliza al mundo con algún acto de crueldad atroz. Cuando esto ocurre, la sociedad decide que la jaula de esa persona es demasiado débil para mantener la bestia y, temiendo que cunda el ejemplo, si la dejan escapar impunemente, se apresuran a destruir a los dos, al ser humano y a la bestia.

Hay que añadir aquí que la bestia

no se destruye con la muerte del cuerpo que le servía de jaula. Sigue vagando por ahí sin ser vista, libre ya de su jaula de carne, libre para entrar en el corazón de todo aquél que le de cobijo temporal y a quien empujará para cometer las fechorías que ama. Si la gente en general fuera consciente del grado en el que esto ocurre, no tendría tanta prisa por matar a los que cometen crímenes atroces, ni a sus enemigos personales tampoco. Esto es lo que pasa en tiempos normales. Pero en épocas de guerra todo es distinto. «Saqueadlo todo y soltad los perros de la guerra» no es ninguna metáfora poética. Las fieras internas quedan sueltas. Todo cuanto se consideraba antes como algo pecaminoso y prohibido se ve fomentado ahora en servicio del estado. El odio, la violencia, la ferocidad, la crueldad y todas las variedades de las astucias engañosas se convierten en virtudes si van dirigidas contra el «enemigo». Incluso los que estaban al margen del conflicto se sienten contagiados y, tomando partido, dan rienda suelta a su bestia con la imaginación.

Así se van sucediendo los períodos de guerra y paz a lo largo de los siglos. No voy a negar que en ciertas circunstancias la violencia abierta y externa de la resistencia armada pueda no ser el menor de dos males, porque, en la situación actual de la humanidad, la alternativa muchas veces es una violencia de pensamiento y sentimiento, una cavilación obsesiva sobre el odio y la venganza que es mucho peor que la lucha externa. Pero la violencia nunca acaba con la violencia. Mientras alimentemos la

bestia que llevamos en el corazón con pensamientos llenos de deseo que son su sangre vital, esta bestia irá apareciendo de vez en cuando y las guerras periódicas serán inevitables.

La única manera de conseguir una paz verdadera es controlando esas bestias internas. Nosotros, que las hemos creado, porque han nacido de nuestra propia carne, hemos de debilitarlas dejándolas sin comer, tenemos que reabsorberlas en nuestro yo consciente del cual las hemos desterrado, y finalmente hemos de transmutar su sustancia con la alquimia del espíritu. Y eso es el yoga: sólo en el yoga está la paz. «El mundo no es sino nuestros pensamientos; por esto cada uno de nosotros deberíamos limpiarlos esmeradamente. Somos según lo que pensamos; este es el secreto eterno» (Maitri Upanishad). Los que quieren la paz y odian la guerra tienen que prestar más atención a sus pensamientos y fantasías que en tiempos normales. Cada pensamiento de gozo ante la noticia de la destrucción del «enemigo» (como si los seres humanos tuvieran algún enemigo excepto en su interior), cada idea depresiva ante «nuestras propias» derrotas, cada latido de más por los actos bélicos en general es una traición a la causa de la humanidad. Los que tienen la suerte de no estar en contacto directo con la lucha tienen la magnífica oportunidad de cumplir con un deber sagrado. Si no consiguen hacer cumplirlo para producir la paz en esa parte de la psique del mundo con la cual están en contacto, es decir, en su propio corazón, por encima de todo, si hacen activamente un mal

uso de esa oportunidad y dejan suelta a su bestia con fantasías solidarias, entonces son unos traidores secretos a la humanidad. Como tales, quedarán atrapados dentro de la red del karma que están tejiendo, una red que, invariablemente, hará que, en el siguiente conflicto que se produzca, caiga sobre ellos el pesado fardo del sufrimiento. De todos ellos puede decirse que aquél que tome la espada con el pensamiento y la fantasía perecerá con la espada verdadera.

Esta es la gran responsabilidad que cae sobre todos nosotros y especialmente sobre todos los que, por su distancia de la lucha física, tienen la oportunidad de luchar con sus pasiones con cierto grado de desapego, contribuyendo a la disminución real de las llamas del odio y del mal en este mundo.

Nadie puede evadirse, porque toda la vida es una. Igual que el dedo meñique no escapa a la fiebre que se apodera de todo el cuerpo, tampoco nadie puede escapar de la interrelación que existe en toda la vida. Tanto el objetor de conciencia, como el pacifista o el *sannyasi* que renuncia al mundo, ninguno de nosotros puede evadir la parte de responsabilidad que nos corresponde en un estado de cosas que nuestros propios pensamientos han contribuido a crear; porque ni la distancia geográfica ni ningún decreto gubernamental de neutralidad, ni el rechazo personal a llevar armas puede aislar una parte del todo en el que esa parte está enraizada.

Es en los mundos internos del deseo donde se originan las guerras y a partir de esos mundos internos se van manteniendo. Lo que percibimos como

una guerra en el físico no es sino la sombra de esas luchas internas, un espectáculo fantasmagórico de acontecimientos que ya han tenido lugar en el mundo interno, cenizas muertas que señalan el sendero destructivo del incendio del bosque, la estela turbulenta e inalterable de un barco cuya proa surca los mares hasta lejanos confines.

Tanto en la guerra como en la paz vivimos en un mundo de sombras proyectadas por acontecimientos que denominamos «futuro», porque no los vemos cuando suceden realmente, y sólo los conocemos al encontrarnos con la estela que dejan en este plano. Las palabras de Sri Krishna pronunciadas antes de la batalla de Kurukshetra «por Mí todos han sido ya derrotados» no se refieren a ninguna cruel predestinación divina, sino a este mismo hecho, y se pueden aplicar tanto a las personas cuyo cuerpo perecerá el año próximo año como a los que lucharon en la guerra anterior.

Hasta que no comprendamos y nos enfrentemos a este hecho básico, las guerras serán inevitables. Luchando en la estela de las aguas turbulentas que hemos creado, luchando con las sombras que hemos proyectado, continuaremos llorando contra un Destino hostil y malévol o, de manera más sumisa, rogaremos a Dios para que nos salve. Pero los rezos y los llantos son igualmente inútiles: «Ni es en las regiones aéreas, ni en las profundidades de los océanos; ni en las cavernas de las montañas, ni en ningún punto de la tierra, existe un lugar donde el hombre pueda escapar del fruto de sus malas accio-

nes». En los mundos internos hemos creado la guerra: en esos mismos mundos internos hemos de crear la paz, porque: «La mente es la precursora de todas las cosas, y con la mente se hacen todas las cosas. A todo aquél que, con una mente llena de deseo, piense o actúe mal, le seguirá el dolor como sigue

la rueda al pie del buey.»

(*Dhammapada*).

(Vuelto a imprimir del *American Theosophist*, Febrero 1986)

*The Quest*. Octubre 2003

## VIDA Y MUERTE

N. Sri Ram

**E**s una realidad digna de ser señalada el que esa energía extraordinaria a la que damos el nombre de Vida se manifiesta siempre bajo las limitaciones de una forma, tanto que ésta sea sumamente organizada y compleja, como sencilla y rudimentaria. Esto podría no ser tan remarcable desde una posición materialista la cual sostiene la teoría tan superficial de que unas determinadas combinaciones de moléculas dan origen a la vida. Presentando una objeción, si bien un tanto elemental, a esta hipótesis, podríamos preguntar: ¿Cómo puede producir vida la materia puesto que se nos aparece como de categorías completamente distintas? Podría pensarse quizás que la materia es transmutable en energía tal como lo enseña la actual investigación científica. De eso podría deducirse esa otra clase superior de energía que es la vida. Pero es una visión excesivamente simplista; las

fuerzas de la materia actúan siempre mecánicamente y en formas fijas. Pero la Vida, que evoluciona a la par con la conciencia demuestra una inteligencia que en el ser humano brota y se ramifica de una manera completamente libre que puede considerarse extraordinaria.

¿Puede la acción mecánica de las fuerzas que se dan en el átomo o en las moléculas dar como resultado algo tan completamente diferente? ¿Puede la conjunción de esas fuerzas crear una unidad de vida y de conciencia?

Sólo si a la vida le asignamos una categoría independiente del campo de la materia en el que se manifiesta es cuando podemos empezar a comprender la verdadera naturaleza o la calidad interna del fenómeno que es la muerte y la agonía.

La ruina del cuerpo físico no sólo es el resultado del deterioro que éste va sufriendo. Es un proceso del que no está

exenta ninguna estructura material. Esto tiene un significado fundamental dentro de lo catastrófico que parece ser el acontecimiento. Sus consecuencias pueden subsistir durante algún tiempo para aquello que sobrevive, y son aquellos aspectos del cambio que se precipitan en la entidad que desencarna con la destrucción de su base física los que son importantes por tener una relación con la vida, lo mismo antes que después de la muerte.

El hombre vive y es consciente tan sólo de ese momento que para él es el presente, a pesar de lo fugaz que ese momento pueda ser, y no lo es del pasado o del futuro, aunque posee una mente que puede recordar el pasado, conservarlo con él como memoria y proyectar también un futuro.

El impacto de la muerte en el hombre como ser consciente, está en la ruptura de la continuidad entre el pasado,—comprendido todo cuanto a éste pertenece— y este presente vivo en el que la vida y la conciencia siempre están concentrados. La separación del pasado, aunque tenga lugar en el plano físico por la disolución de este cuerpo que en ese nivel es la muerte, está muy lejos de completarse en el hombre como ser psíquico. Este proceso de la muerte psíquica sólo empieza en el momento de desencarnar.

La acción y las experiencias de ese ser en los planos mental y emocional, pueden continuar siendo condicionados por ese pasado incluso después de la muerte física; si bien con una fuerza decreciente por la ausencia de las influencias que condicionan. Tal como sabe-

mos por nuestra experiencia física, los recuerdos y las asociaciones que tenemos con lo que nos rodea tienden a debilitarse por una larga ausencia, por el alejamiento de los mismos, por la falta de fortalecimiento que se deriva del contacto directo.

La entidad que se ha ido, inevitablemente, tiene que liberarse de los efectos acumulados de las actividades físicas de otros tiempos, y de todos los pensamientos y sentimientos generados entonces. Pero hasta que esa entidad no haya logrado alcanzar esa libertad, su existencia es, o tiene que estar, oscurecida por ellos. Esa opacidad psíquica, semejante a las nubes del cielo físico, no se puede disolver en un instante, sino de un modo gradual. Esto pasa a través del trueque de esos factores con y en el medio en el que la entidad se encontró antes. Esos factores consisten, principalmente, en el apego a sensaciones de diversas clases, en ideas arraigadas en experiencias relacionadas con esas sensaciones, lo mismo que en sus afectos personales.

Cuando esos factores son anulados, la disolución de la nube tiene que significar un cambio en la condición psíquica que tiende hacia la libertad, para que la vida que ahí mora ponga de manifiesto su naturaleza esencial, así como el colorido inherente a la conciencia, con la cual la vida siempre está interconectada.

En nuestras relaciones con los demás seres, hemos de entender la diferencia que hay entre el apego como tal —que en esencia es un proceso mecánico— y el afecto o amor puro, aunque

suelen estar muy mezclados con todo lo nuestro. El apego tiene que ver con las sensaciones de distintas clases, la comodidad y el placer y, por asociación, con las personas y las cosas de las que se deriva ese sentimiento de agrado.

El amor, en su naturaleza pura, no es algo que se busque por sí mismo, es decir, no se trata de adquirir algo para administrar la existencia. Más bien se parece a la luz que posee en sí misma todos sus colores inherentes. El apego, de la clase que sea, implica una resistencia a la renuncia e, inevitablemente, conduce a un proceso de frustración y de sufrimiento, una realidad penosa de entender; mientras que el amor que no espera nada siempre está asistido por un sentimiento de felicidad y de gozo.

El apego, que siempre es una sensación del pasado, una fase del tiempo que se renueva constantemente desde este presente hacia adelante, tiene que llegar necesariamente a un fin. Los cambios provocados por los acontecimientos separan, inevitablemente, ese momento presente en el que existen la vida y la conciencia del pasado al que estamos vinculados por ese proceso psicológico. En cambio, el amor, cuando no se origina en el recuerdo sino que surge en el presente siempre renovado y fresco, posee una naturaleza que no es afectada por el tiempo.

Si llegamos a comprender en su aspecto psicológico esa separación entre el presente y el pasado como constituyendo el factor central en ese proceso de morir, entonces semejante separación puede ser posible, incluso aun cuando el hombre esté viviendo esta existencia

terrenal. En otras palabras, puede existir un morir para nuestro pasado incluso viviendo en este mundo. Es una separación que libera la vida de ese pasado que vivimos entre las sombras de ese pasado que nos hechizó con sus resentimientos, los complejos de culpa, los remordimientos, etc. Ese morir es posible llevarlo a cabo voluntariamente mediante nuestro entendimiento y no necesariamente mediante un proceso lento, de causas mecánicas ciegas.

Desde el punto de vista de la forma o del organismo a través del cual la vida actúa, la muerte, según palabras de Eliphaz Levi, es: “La necesaria disolución de combinaciones imperfectas.” Cada forma, cada estructura, por más admirable que ésta sea, es una combinación que consta de partes o elementos, así como de fuerzas que operan en ella. La vida siempre es una en la multiplicidad, una en sí misma, pero actuando invisiblemente a través de fuerzas diferentes en muchas direcciones. Es las dos cosas, una naturaleza de unicidad y una naturaleza de multiplicidad o pluralidad en la acción. La naturaleza de unicidad se refleja en la síntesis o en la coordinación perfecta de esas fuerzas. Pero esa unidad sólo es asequible en la conciencia en la que está infundida la vida. Ciertamente, esto sólo es posible para el hombre y no para ninguna otra criatura menor, cuya conciencia se centra exclusivamente en los movimientos externos y es totalmente incapaz de entender su propia naturaleza.

En los primeros años, físicamente, el sistema de órganos y procesos funciona normalmente bien ajustado y exis-

te un determinado grado de armonía entre ellos. Esto origina un sentimiento de bienestar y de alegría de vivir. Pero no hay ningún sistema creado en este mundo de abigarrados elementos, tal como existe en su estado actual de evolución, que sea tan absolutamente perfecto que no pueda dar lugar a desajustes de naturaleza diversa y así ir sufriendo deterioro. Nadie vive en forma tan perfecta que consiga evitar esas condiciones que solemos asociar con el envejecimiento, y que pueda demorar indefinidamente el fin inevitable.

Sin embargo, sean cuales fueren las condiciones del cuerpo físico, en la naturaleza interna del hombre puede existir un estado de armonía perfecta, es decir, como entidad psíquica. Pero hay muy pocos individuos en los que se den esas condiciones. Porque así como el proceso del cuerpo físico se halla en manos de la Madre Naturaleza y en ella es un organismo que se regula por sí mismo, el campo psíquico constituye terreno abonado para las propensiones mecánicas más variadas y para la existencia de una mente ignorante, absolutamente incapaz de entenderse a sí misma.

Así, casi desde el principio de la vida humana, empiezan a aparecer y a afirmarse elementos conflictivos y complicados. Al finalizar ciertas vidas raramente existe ese grado de armonía y unidad en su naturaleza que pueda evitar a sus diferentes elementos el rompimiento en partes. En otras palabras, es casi inevitable también la disolución de la entidad que se ha ido formando en los planos del pensamiento y de las emociones.

Pero el proceso de esta muerte lleva más tiempo debido a los apegos y a las experiencias acumuladas, que pueden ser muy intensos. Entonces, lo que queda, sólo puede ser aquella naturaleza de la Vida que mora en el ser, y a la que podríamos llamar correctamente naturaleza espiritual; una naturaleza de armonía, cada uno de cuyos movimientos pone de manifiesto la evidente cualidad de libertad, no de apego mecánico o de constricción.

Desde el punto de vista de la forma, la muerte es disolución, pero desde el punto de vista de la vida constituye un retiro necesario. Este retiro, en los niveles de funcionamiento psíquico, es un retiro de la atención, como en el sueño; del interés y de una debilitación de los apegos. En el sueño la conciencia se retira, pero la entidad de conciencia sigue siendo lo que era. Pero en el proceso de la muerte la naturaleza estructurada de esta entidad también se quiebra. La muerte es, pues, una partida de algo del pasado, aunque sólo por etapas. Pero las raíces físicas internas de las tendencias que dieron lugar a la estructura que luego se disuelve, no mueren sin embargo al mismo tiempo, sino que permanecen y dan nacimiento a una criatura en la que las condiciones de esa estructura se hacen posibles.

En otras palabras, como ha dicho el Buddha, el anhelo de sensaciones y de experiencias es la causa del renacer de las almas. Cada personalidad posee una herencia recibida de su predecesora. Así, la personalidad nueva tiende a volverse una réplica de la vieja, hasta que las tendencias arraigadas se extirpan totalmen-

te.

Nada puede entrar en la substancia de la conciencia que no esté formado de aquella verdadera substancia; todos los impedimentos para ello surgen de los moldes en las formas particulares de esa substancia. Todas las distorsiones en la apariencia del hombre y en su naturaleza se deben a la manera en que la energía o las energías de la vida operan en el campo de la conciencia.

La energía es origen de movimiento, y esta energía asume las formas de las variadas fuerzas-motivo que mueven la voluntad, como el deseo, la atracción, la repulsión, el avanzar, el retirarse, etc. La ruptura de estas fuerzas de la vida, sin coordinación y moviéndose en direcciones contradictorias, es lo que produce discordancia y distorsión, mientras que la energía de la vida como una totalidad en sí, constituye una armonización de las fuerzas, igual que sucede en un cuerpo humano vivo.

La conciencia con la cual está asociada la vida que en ella mora puede reflejar esa totalidad y esa armonía. La cualidad de la energía que entonces se manifiesta en ella llega a parecerse a una llama sin humo. Esa llama, como el carácter, florece en formas variadas de expresión y de acción. El árbol de los trópicos conocido como 'la Llama del Bosque' se recubre en verano de flores doradas y de un espléndido escarlata. Así también, una belleza tan resplandeciente puede manifestarse en los planos psíquico y espiritual.

Porque sólo muere el cuerpo, lo mismo el físico que el de las impresiones y apegos, y la vida sigue incólume

semejante a una llama. Cuando ha tenido lugar una muerte así, el amor sigue perdurando porque constituye la esencia del alma espiritual que vive como una totalidad y no desaparece. En efecto, lo que no se extingue en el proceso del morir es el alma. En la verdadera naturaleza del amor puro no hay separación, no hay posesión. El deseo y el amor común son algo que implica anhelo, que brota de las experiencias pasadas, mientras que el amor puro no surge de lugar alguno, sino que es lo que el místico llamaría las fuentes ilimitadas del Bien Divino y de la Gracia Divina.

Mientras que el amor puro se parece a la luz, el deseo es oscuro, cargado con el recuerdo. Esa luz del amor puro se parece a la que se insinúa en el nacimiento del alba y sus colores tornasolados, y es una luz que en su pureza es una con la vida o la conciencia. El morir para el pasado es, a la vez, enfrentarse al futuro puesto que ello forma parte del avanzar de la vida y su renovación. Esto significa la renovación de la vida individual, desde sus más recónditos reductos, desde los postreros trasfondos, desde su fuente. La Muerte es una de las fases de ese ciclo del progreso del Espíritu individual, igual como el ocultarse del sol es parte de la evolución del día. El ocaso del ser, es seguido, inevitablemente, por su retorno, igual como la tierra se mantiene girando en torno de sí misma. Cuando el Ser consciente deja de girar en torno de sí mismo, es cuando alcanza su unión esencial con la Vida Universal, es decir, con todas las partes de ella semejantes al espacio, y del cual constituye realmente

una parte, aunque, hasta entonces, haya tenido una idea diferente acerca de sí mismo, como una cosa aparte con intereses y posiciones separadas.

Cuando alguien siente profundamente la pérdida de un ser querido, y en lugar de pararse a lamentarlo consagra toda su energía para los sentimientos del amor hacia el que se fue, todo el poder de su pensamiento deseándole todo el bien, toda la paz y las más bellas realizaciones posibles, encontrará que aligera el propio dolor de su alma. Cuando el amor existe en su aspecto más abnegado sólo hay unidad y no separación.

La Tierra, en su forma, es una esfera resplandeciente por el lado en que

la alumbra el sol. Por el otro lado, está en tinieblas. De modo parecido, a un lado de la muerte están la disolución, la partida, el dolor, y todo ello se nos presenta como el más desdichado de los acontecimientos. Sin embargo, por el otro lado, también es la ligereza de la libertad y el renovarse de la Vida, resultante del rompimiento de las cadenas. Es la reunión espiritual y del amor con todo lo que de dicha infinita pueden significar esa libertad y esa unión.

Tan sólo es el Amor el que puede cruzar las barreras que separan esa cara de la existencia de la otra.

*(The Theosophist, abril 1973.)*

---

## ACTIVIDADES

---

### RAMA JINARAJADASA

**Lunes** (a las 19 h.) **5, 12 y 19** (sólo para miembros) Estudio sobre “La ciencia de la yoga” de Taimni. -**26** reunión administrativa.

**Miércoles** (a las 19 h.) **7,14,21 y 28** entrevistas (previamente concertadas) tfns: 963771529 963230400 o e-mail: [babil@ono.com](mailto:babil@ono.com)

### RAMA RAKOCZI

**Lunes 12 y 26** - Grupo de Meditación Activa y Ritual Dévico. - **19** - O.T.S. Ritual de Sanación.

**Miércoles 14** - Curso de Meditación. - **21** - Meditación a cargo de F. Pérez. Estudio grupal sobre “La Voz del Silencio”. -**28** - Meditación a cargo de J. Martínez. Estudio grupal sobre “La Voz del Silencio”.

## RAMA SAMADHI Y GRUPO ACUARIO

**Lunes** (a las 18 h.) - “*Conocimiento de Sí Mismo*” y “*Luz en el Sendero*”. Coordinan P. Negrete y A. Pérez. (a las 19:30 h.) O.T.S.

**Primer lunes de cada mes** -(a las 18h.) - Reunión de la Rama Samadhi (sólo para miembros)

**Martes 20** (las 19,30h.) - Reunión del Grupo Acuario (sólo para miembros)

**Miércoles** (a las 18h.) - Curso “Problemática Humana desde el aspecto psicológico y teosófico”, por Teresa de la Hoz.

**Jueves** (a las 18h.) Primer jueves de cada mes: Círculo de Unión.

**Primer y tercer viernes de cada mes** (a las 18h.) - Estudio de La Doctrina Secreta. (Sólo para miembros). Coordina Antonio Pérez.

**Sábados** (a las 18h.) Charlas-coloquio:

**Sábado 10** - ¿Se puede adivinar el futuro?. Coordina B. Martínez. - **17** - “Conocimiento y Sabiduría”. Coordina T. de la Hoz. - **24** - “Trabajo individual y en grupo”. Coordina C. Villalta - **31** - “El dinero y el trabajo”. Su aspecto profundo. Coordina T. de la Hoz.

## GRUPO DE ESTUDIOS TEOSÓFICOS “CERES”

**Lunes 12 y 19** (a las 20h.) - Estudio del libro “La Sabiduría Antigua” de A.B. 26 - Conferencia: “Ángeles, otra línea de evolución” (2ª parte), por I. Gibello.

**Sábado 10** (a las 18,30h.) - Raja Yoga- Curso Básico. Coordina U. García.

## GRUPO DE ESTUDIOS TEOSÓFICOS “LA RIOJA”

**Todos los viernes**, a las 21,45h. reunión pública.-

